

**Valentine Penrose**

**LA CONDESA SANGRIENTA**

Prólogo de María Negroni



**INTERZONA**



**LA CONDESA SANGRIENTA**



Valentine Penrose



# LA CONDESA SANGRIENTA

Prólogo de María Negroni

**INTERZONA**

## INTERZONA

---

Penrose, Valentine

La condesa sangrienta / Valentine Penrose; prólogo de María Negroni. - 2a ed. - Buenos Aires: Interzona Editora, 2022.

256 p. ; 22 x 14 cm. - (Zona de Traducciones)

Traducción de: María Teresa Gallego Urrutia;  
Isabel Reverte Cejudo

ISBN 978-987-790-057-6

1. Literatura. 2. Narrativa Francesa. I. Negroni, María, prolog.

II. Gallego, Teresa, trad. III. Reverte, Isabel, trad. IV. Título.

CDD 843

---

*Erzsébet Báthory, la Comtesse sanglante* fue publicado por primera vez en Francia, 1962

© Éditions Mercure de France, 1962

© interZona editora, 2022

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)

[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Título original: *Erzsébet Báthory, la Comtesse sanglante*

Traducción: María Teresa Gallego Urrutia y María Isabel Reverte, 1996

Prólogo: María Negroni

Cuidado de edición: Luciano Páez Souza

Corrección: Malén Vazquez

Imagen de tapa: Lucrezia Panciatichi de Agnolo Bronzino (1540)


Asistencia editorial: Fernando Ozón

ISBN 978-987-790-057-6

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Ваторй егевоь



Erszébet Báthory

## El castillo de la escritura

por María Negroni

En uno de sus *Cuentos orientales* (“Le lait de la mort”, Gallimard 1963), Marguerite Yourcenar recuerda una leyenda albanesa en la que tres hermanos, que construyen infructuosamente una torre para avizorar a los invasores turcos, comprenden que la torre solo se tendrá en pie cuando amuren en ella a una mujer. Como los tres están casados, deciden “sacrificar” a aquella esposa que el azar elija para traerles el alimento al día siguiente. Llega la más joven y vigorosa, y ahí mismo la emparedan, dejando a la vista los senos –a pedido de la suplicada– para que su hijo recién nacido pueda amamantarse. La leche fluye milagrosamente de esos senos enjaulados y el esqueleto sostiene para siempre, desde el fondo de su nicho, los cimientos de la torre.

El motivo del crimen de una mujer como fundamento de una construcción (en su doble acepción de fundación y sostén nutricional) se repite en *La condesa sangrienta* de Valentine Pernose: tal parece, en la Hungría del siglo XVI era costumbre construir los castillos sobre “el cadáver de una joven muerta”. Más: en la novela de Penrose, ese cadáver femenino no solo sostiene el castillo; estructura y da cierre a la narración. Está allí antes de que Erzsébet Báthory, la exasperada condesa de los Cárpatos, urda su propio collar de víctimas, como resonancia



premonitoria. También como reflejo de la muerte final de la “reina loca” que vendrá a (en)cerrar, en un círculo siniestro, el desorden magnífico que se desata en la trama. Tal vez convenga recordar que Báthory terminará amurada en la torre de su castillo, cuando un tribunal restablezca el orden, condenándola por sus crímenes atroces.

Si esas dos muertes (la de la joven-cimiento y la de la condesa-torre) riman entre sí, si pueden verse como instantes de una circularidad exploratoria o como reflejos invertidos en un paradigma vertical donde la base toma el lugar de la altura y viceversa, muy otra es la figura que dibujan los delitos que comete, en el interín, Erzsébet.

El crimen, digamos, ofrece una doble glosa musical. En un caso, una supresión fundante desemboca en escarmiento: el edificio institucional y patriarcal, encarnado en el castillo erigido sobre la muchacha muerta, se cierne sobre la Condesa, emparedando toda disidencia. En el otro, se pone en juego un hiato, ese tiempo inmóvil que la Condesa recorre, incansable y muda, como quien hace un periplo funesto para explorar en qué consiste el corazón pesado de aquello que la omite.

Para expresarme quizá con más claridad, dos planos de desplazamiento convergen en este relato hacia un mismo vértigo: uno, vertical, elige obsesivamente el descenso y responde a un afán detectivesco y subversivo (hasta que la represión recorra el camino inverso); y otro, horizontal, vinculado a la contemplación de los espejos y de las torturas, pone en escena los precios del acto de escribir.

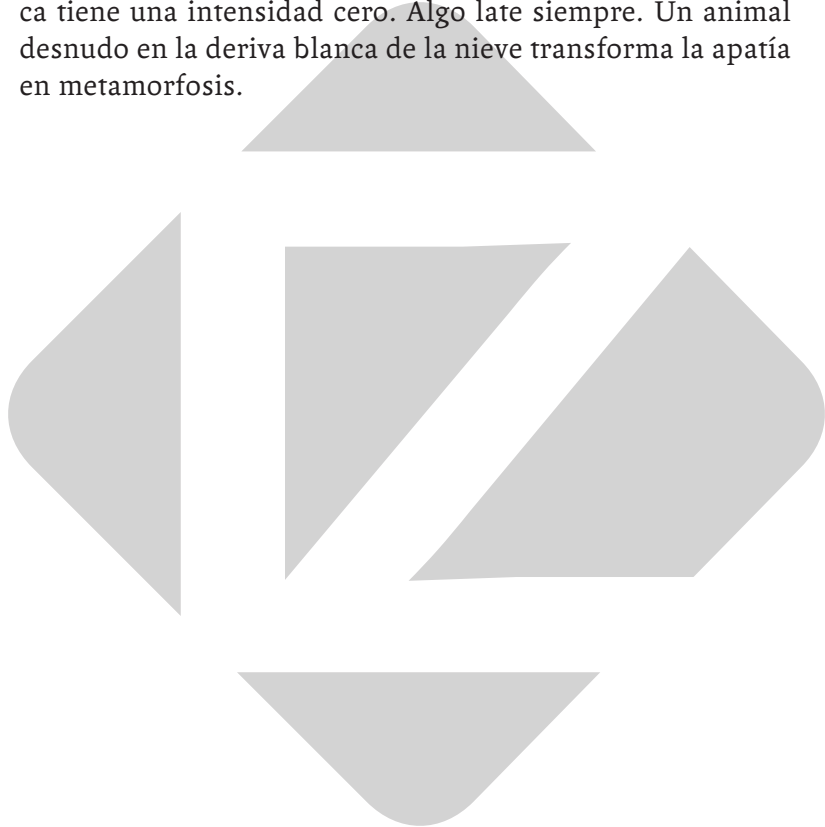
No hay quietud en el viaje del castillo, o bien hay una quietud intranquila (perpendicular y espejada) para un viaje estático y sonámbulo. Por un lado, la torre “se refleja” en la cripta, del mismo modo que las recámaras sombrías se reflejan en los sótanos de torturas o la muchacha enjaulada en la Condesa que aguarda abajo, extasiada, a que su vestido blanco se tiña de sangre. Por el otro, la Virgen de Hierro “se refleja” en la

muchacha que mata, abrazándola con las dagas que salen de sus senos, del mismo modo que ambas –víctima y victimaria– se reiteran en la Condesa que las contempla y esta, a su vez, en los espejos que la evidencian como cadáver de sí. El castillo omnipresente, por fin, también se duplica en la jaula de la novela de Penrose y esta en el guión moroso y fascinado que escribirá, años más tarde, Alejandra Pizarnik.

Como toda mansión gótica, el castillo de Erzsébet Báthory es una morada helada. Una casa negra y vertiginosa donde la apatía coincide con el encierro claustrofóbico y la mirada se ejerce como jurisdicción. Parecido al hogar congelado y eterno de “La reina de las nieves” de Andersen o al castillo maldito de Cruella (y, también, al escenario kitsch y siniestro de *Los poseídos entre lilas*, cuyo cadáver fundante es la familia), todo aquí es ausencia o, lo que es igual, hiperpresencia desfigurada de lo maternal: un mundo de vírgenes de agua recibe en él su cuota de abrazo frío.

Tal vez sería mejor decir guarida. No es esta una “morada del consuelo” sino un encierro sin afuera y sin otros, donde la Condesa se hace espacio ella misma para ejercer su contemplación dormida y, así, fundar un sitio donde escribir pudiera ser igual a no escribir. En la guarida –refugio de un animal– la escritura surge entre la acción de lo oscuro y el lenguaje de la no-acción, como si un rito o ceremonial albergara la desnudez de aquello que permanece (y desea permanecer) en el caos. Por eso allí la utopía empalma con los gritos, y la fuga lingüística con las máquinas de expresión que abren puntos de fuga en el sistema, quizá confiando en que la repetición compulsiva puede ser una forma del olvido. La guarida, digamos, es un templo de la ausencia donde una autista no quiere ser el centro del mundo sino ser *el* mundo. Un escondite para la “loba azul”, que no tiene cabida entre los humanos porque, en ella, lo prohibido se combina con lo aberrante. He aquí una estética del horror, cuyo fin es dar con el cuerpo del lenguaje que vive más allá del lenguaje.


La “libertad absoluta”, diría Sade, ocurre cuando es posible hacer gravitar lo inexistente sobre lo existente, instaurar en una contemplación ígnea un espacio propicio para que aparezca el Mal. Así, podría decirse, la joven-cimiento germina en el castillo de Báthory como una disonancia o fisura luminosa, al menos por un tiempo, probando –de paso– que la muerte, como afirma el *Libro tibetano de los muertos*, nunca tiene una intensidad cero. Algo late siempre. Un animal desnudo en la deriva blanca de la nieve transforma la apatía en metamorfosis.



# LA CONDESA SANGRIENTA



## Introducción



He aquí la historia de la Condesa que se bañaba en la sangre de las muchachas. Una historia auténtica e inédita. Ha sido difícil hacerse con los documentos pertinentes, ya que aconteció hace más de tres siglos y medio, en aquella Hungría salvaje, incommunicada ahora tras el telón de acero. Las piezas del proceso han ido pasando de archivo en archivo. Y, ¿qué fue en 1956 de los archivos de Hungría del castillo de Budapest? No se sabría en la actualidad dónde ir a contemplar el sombrío retrato, de extraviada mirada, de la muy hermosa Erzsébet Báthory. El castillo de Csejthe lleva doscientos años en ruinas, allá en su espolón de los Pequeños Cárpatos, en las lindes de Eslovaquia. Allí siguen los vampiros y los fantasmas y, también, en un rincón de los sótanos, el puchero de barro que contenía la sangre lista para verterla por los hombros de la Condesa.

La Alimaña de Csejthe, la Condesa sangrienta, aúlla aún, de noche, por los aposentos cuyas ventanas y puertas todavía siguen tapiadas.

Todo prueba que fue un Gilles de Rais femenino; incluso el precipitado proceso durante el cual, por respeto hacia su apellido, ilustre desde los comienzos de Hungría, y habida cuenta de los servicios prestados por su familia a los Habsburgo, se suprimieron numerosos datos. Ni siquiera osaron interrogarla en persona.

En 1729, dio con la minuta del proceso un padre jesuita, Laszló Turóczi, que escribió una monografía sobre Erzsébet Báthory. La volvió a dar a la prensa en 1744. Recogió la historia que nadie, en la región de Csejthe, había olvidado aún.

Turóczi pudo consultar también los documentos, que se conservaron primero en los Archivos de los Tribunales de Viena y que luego se enviaron a Budapest, del interrogatorio celebrado en Bicsé (más adelante Bittsere) por el palatino Thurzó a principios de enero de 1611, y ponerse al tanto de los considerandos, así como de la orden de ejecución de los cómplices de la Condesa, el 7 de enero.

Hasta principios del siglo xx, solo poseíamos esa obra escrita en latín. En 1908, un escritor nacido también en Csejthe (hoy en día Cačtice, burgo a seis kilómetros al suroeste de Vag-Ujhely) (Neustadt), Dezsó Rexa, educado en la escuela de la aldea, que había jugado de niño alrededor de las ruinas embrujadas, recogió la historia de Erzsébet Báthory y la publicó en húngaro en Budapest con el título de Báthory Erzsébet Nádasdy Ferencné (“Isabel Báthory esposa de Francisco Nádasdy”). Se remitía a los trabajos del padre jesuita.

Al final de su libro, Dezsó Rexa reunió varias cartas: de Erzsébet a su marido; del palatino Thurzó a su mujer hablando de la detención de la Condesa; del pastor de Csejthe, Ponikenus János, a uno de sus colegas; del yerno de Erzsébet, Miklós Zrinyi, a Thurzó, solicitando gracia para su suegra; del hijo de Erzsébet, Pál Nádasdy, pidiendo clemencia para ella. Está también la carta de Thurzó al rey Matías II, la respuesta del rey, la comunicación de la Cámara regia magiar al rey Matías.

A continuación, vienen los testamentos: el del 3 de septiembre de 1610, que la Condesa escribió antes de su condena, y sus últimas voluntades de emparedada, carta fechada el 31 de julio de 1614, menos de un mes antes de su muerte. Y, por fin, la invocación mágica en la lengua tót que tan cara le era.



Miklós Zrinyi en el campo de batalla



Georg Zrinyi



Los manuscritos relacionados con Ferencz Nádasdy, su esposo, los había recopilado el pastor de Csejthe. Los que se refieren a Erzsébet los coleccionó Bertalan von Reviczky.

La minuta del proceso, conservada primero en los Archivos del Cabildo de la ciudad de Grán, se trasladó a los Archivos nacionales de Budapest.

Antes que Dezsó Rexa, un alemán, R. A. von Elsberg, había publicado en 1894, en Breslau, una biografía bastante breve pero más cuidada: *Die Blutgräfin Elisabeth Báthory* (La Condesa Sangrienta Isabel Báthory) que, desde el punto de vista psiquiátrico, insistía en la herencia peculiar del antiguo linaje de los Báthory. Al final de su libro, se hallan también el interrogatorio completo y los considerandos del proceso.

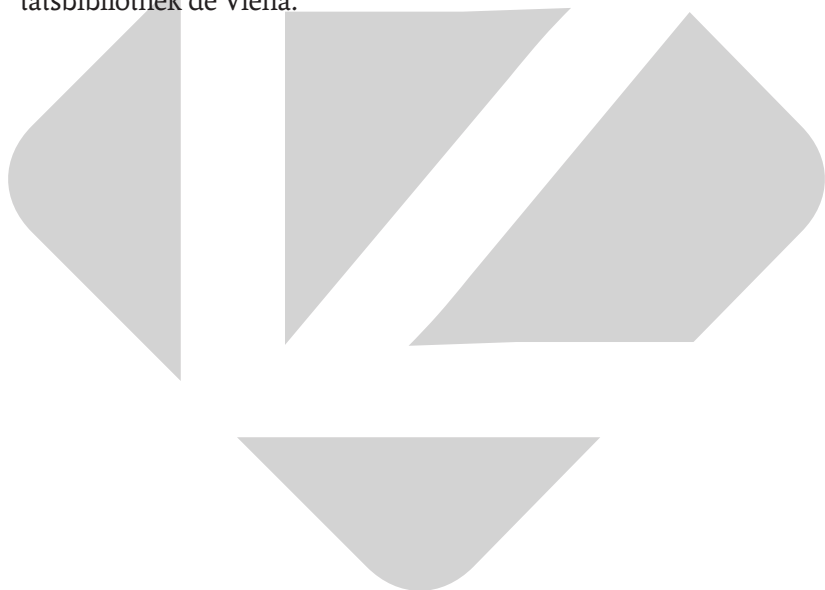
Un autor dramático, Garay, ha escrito una obra de teatro moderna sobre Erzsébet Báthory. Se ha publicado, en alemán, una novela histórica: *Tigerin von Csejthe* (La tigresa de Csejthe) de Karl P. Szátmary. Y también una novela en eslovaco: *Cachticka Pani* de J. Níznánszy.

William Seabrook, en su libro *Witchcraft*, dedicó un capítulo entero a la Condesa sangrienta. También él tomó los documentos de Dezsó Rexa y de R. A. von Elsberg.

En Inglaterra, a mediados del siglo XIX, Sabine Baring Gould, en un curioso libro, *The Book of the Werewolves* (El libro de los hombres lobo) narra brevemente la historia de la criminal Condesa y cómo se le ocurrió la idea de tomar baños de sangre. Se había documentado en un libro alemán de antropología filosófica del siglo XVIII, cuyo autor era Michael Wagnener: *Beitrag zur philosophischen Antropologie* (Viena, 1796). Y, sin duda, en la propia Hungría; ya que, en aquella época, hacia 1843, no se había publicado nada acerca de Erzsébet Báthory, salvo algunas rúbricas no poco fantasiosas en diccionarios, tales como las aparecidas en la *Biographie Universelle* (Biografía Universal), Michaud, París, 1848; y en el *Dictionnaire des Femmes Illustres* (Diccionario de Mujeres Ilustres).

Los libros de Dezsó Rexa y de von Eisberg no se encuentran en las bibliotecas de Francia, incluidas las húngaras, y es imposible conseguirlos en Hungría. Seabrook dice en su artículo sobre Erzsébet Báthory que dio con ellos en la biblioteca de una gran ciudad de los Estados Unidos. Existe igualmente una historia muy novelada de la familia Báthory de Makkai Sandor, *Ördög Zeker* (El carro del diablo).

Parte de la documentación e ilustraciones del presente libro han sido amablemente proporcionadas por las siguientes bibliotecas, a las que la autora quiere expresar su agradecimiento: Biblioteca del Instituto Húngaro de París, British Museum Library, *Osterreichische Nationalbibliothek* (Karten, Handschriften, Porträt und Bildarchiv Slg.), *Österreichische Hof- und Staatsarchiv*, *Universitätsbibliothek* de Viena.\*



N.E. Dichas ilustraciones, que durante años estuvieron perdidas, vuelven a integrar la edición de *La condesa sangrienta* en el presente volumen. Tras lo cual queremos reforzar nuestro agradecimiento a las mencionadas instituciones por hacerlo posible.

## Capítulo I

Eran los tiempos en que la cincoenrama poseía aún todo su poder, en que en las tiendas de las ciudades se vendían mandrágoras cogidas de noche al pie de los patíbulos. Los tiempos en que niños y vírgenes desaparecían sin que nadie se esforzara en buscarlos: más valía no tener nada que ver con su mala fortuna. Pero ¿qué se había hecho con su corazón, con su sangre? Filtros, u oro quizá. Y ello en el país más salvaje de la Europa feudal, donde los señores negros y rojos tenían que guerrear sin tregua con los resplandecientes turcos.

Un artista vagabundo había pintado el retrato de Erzsébet Báthory, Condesa Nádasdy, en el momento en que mayor era su belleza. Debía de tener unos veinticinco años. ¿Venía de Italia o de Flandes aquel anónimo pintor? ¿Por qué taller había pasado antes de ir de castillo en castillo pintando sus envarados retratos? Solo conocemos el pardo lienzo con la E mayúscula de Erzsébet en el ángulo superior derecho. Y la inicial del nombre, ya en vida de esta, está dibujada, construida en forma de tres crueles dientes de lobo plantados en el hueso vertical de la mandíbula. Encima, pesadas más que aéreas, unas alas de águila. Más arriba no se puede distinguir nada. Y alrededor de este ovalado blasón femenino se enrosca el antiguo dragón de los Báthory dacios.

Así se yergue, vigilada por garras, alas y dientes, horriblemente tenebrosa.

Era rubia, pero solo gracias a los artificios de la moda italiana, a los lavados diez veces repetidos con agua de ceniza, con agua de manzanilla silvestre, con el poderoso ocre del azafrán húngaro. Erzsébet, con sus damas de compañía alzándole el largo cabello castaño oscuro ante los grandes troncos en llamas del invierno o cerca de la ventana inundada de sol de verano, y muy protegido el rostro por cremas y ungüentos, se volvía rubia.

En el retrato apenas se le ven los cabellos ensortijados, bastante altos sobre la frente, según una moda ya pasada en Francia. Están ocultos bajo rombos de perlas. Aquellas perlas venían de Venecia y de las cargas de sus navíos y, sobre todo, de los turcos, que ocupaban todo el este y el centro de Hungría.

La corte de los Valois en París y, en sus castillos, la de Inglaterra, donde Isabel, rígida y pelirroja, acorazaba con ellas las gorgueras, las sisas de las mangas y las largas falanges de sus dedos; todas las cortes, incluso, en el remoto este, la de Iván el Terrible, vivían bajo el signo de las perlas finas.

En verdad, cuando Erzsébet Báthory vino a este mundo no era un ser humano acabado. Estaba aún emparentada con el tronco de árbol, la piedra o el lobo. ¿Sería acaso el destino de su raza, en el instante en que se había decidido la eclosión de tal flor? ¿Sería acaso efecto de una época en que los nervios se enroscaban aún entre las brumas del primitivo salvajismo? Lo cierto es que había entre Erzsébet y los objetos algo así como un espacio vacío, como el almohadillado de la celda de un manicomio. Sus ojos lo proclaman en el retrato: intentaba tocar y no podía establecer contacto. Ahora bien, querer despertarse de no estar vivo es lo que hace aficionarse a la sangre, a la sangre de los demás donde quizá se escondía el secreto que, desde su nacimiento, le había estado velado.

## ÍNDICE

EL CASTILLO DE LA ESCRITURA

POR MARÍA NEGRONI 9

LA CONDESA SANGRIENTA 13

INTRODUCCIÓN 15

CAPÍTULO I 21

CAPÍTULO II 45

CAPÍTULO III 59

CAPÍTULO IV 77

CAPÍTULO V 97

CAPÍTULO VI 109

CAPÍTULO VII 121

CAPÍTULO VIII 141

CAPÍTULO IX 161

CAPÍTULO X 175

CAPÍTULO XI 197

EL PROCESO 239

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en [www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com) y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

# INTERZONA